



El catecismo de la Iglesia Católica. La profesión de la fe y su transmisión hoy¹

Manuel DEL CAMPO GUILARTE
Universidad San Dámaso de Madrid

Resumen: Es una propuesta iluminadora y profunda para acercarnos con ojos nuevos al Catecismo de la Iglesia Católica a los 20 años de su publicación. Invita a contemplar en la estructura cuatripartita del Catecismo, no solo la riqueza de la enseñanza de la fe, sino un itinerario de vida cristiana al servicio del acto de fe que hace posible el encuentro con Cristo, su seguimiento y el testimonio de la vida nueva al hombre de hoy.

Palabras clave: Catecismo, Profesión de fe, Acto de fe, Transmisión de la fe.

INTRODUCCIÓN

El día 11 de Octubre de 2012, el Papa Benedicto XVI daba inicio solemnemente al *Año de la Fe*, a los cincuenta años de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. En su homilía nos invitaba «a entrar hoy más profundamente en el movimiento espiritual que fue el Vaticano II, para hacerlo nuestro y realizarlo en su verdadero sentido. Un sentido, decía el Papa, que ha sido y sigue siendo la fe en Cristo, la fe apostólica, animada por el impulso interior de comunicar a Cristo a todos los hombres»².

1 Conferencia dictada en la fiesta de Santo Tomás de Aquino en el Instituto Teológico San Fulgencio el 28 de enero de 2013.

2 Benedicto XVI, *Homilía* de la misa de apertura del Año de la fe, 11 de Octubre de 2012.

En su Carta Apostólica *Porta Fidei*, por la que se convocaba el *Año de la Fe*, el Papa mostraba su decisión a hacer coincidir la fecha de su inicio con el 50 Aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y, asimismo, con la celebración de los 20 años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* «promulgado, afirmaba, por mi predecesor, el Beato Papa Juan Pablo II, con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y la belleza de la fe». Asimismo el Papa ha querido convocar la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, sobre el tema *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. En la Carta Apostólica de convocatoria del *Año de la Fe*, decía el Papa: «Será, este *Año de la Fe*, una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y de redescubrimiento de la fe»³. «Un tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para recordar el don precioso de la fe, para intensificar la reflexión y confesión de la misma, para renovar y revitalizar la vida de la Iglesia y de sus miembros y actualizar nuestra exigencia de transmitir la fe a las generaciones futuras»⁴.

A continuación, en dicha Carta Apostólica, el Papa hacía referencia al *Catecismo de la Iglesia Católica*, prestándole una especialísima atención. Lo presenta como «subsidio precioso e indispensable» y «uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II»; como «una contribución importantísima a la obra de la renovación de la vida eclesial»⁵. Asimismo, en la Misa con la que se iniciaba el *Año de la Fe*, el Papa quiso expresar, mediante el signo de la entrega del Catecismo, el especial interés con que la Iglesia debe seguir acogiéndole hoy.

Por otra parte, el propio Pontífice ha querido confiar el *Catecismo de la Iglesia Católica* al «Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización» como una de sus tareas específicas, tal como se afirma en su Carta Apostólica, *Ubicumque et semper*. El nuevo Dicasterio, así lo dispone el Papa, «deberá promover el *Catecismo de la Iglesia Católica* como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo»⁶.

Ante esta especial consideración del *Catecismo de la Iglesia Católica* por parte del Santo Padre en estos tres recientes acontecimientos eclesiales (el *Año de la Fe*, el *Sínodo sobre la Nueva evangelización*, y el *Consejo Pontificio para la Nueva evangelización*) cabe preguntarnos sobre el porqué de tal recomendación. ¿Qué significado tiene ahora esta llamada de especial atención al *Catecismo de la Iglesia Católica*? ¿Qué se nos quiere decir? ¿A qué se nos invita?

3 Benedicto XVI, Carta apostólica *Porta Fidei*, 4.

4 Cf *Ibidem*, 8

5 Cf *Ibidem*, 10, 11 y 12.

6 Benedicto XVI, Carta apostólica *Ubicumque et semper*, art 3,5.

Acogiendo esta llamada del Papa deseo ofrecer algunas reflexiones, si bien a modo de breves apuntes, sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica*, y en concreto sobre aquello que constituye su núcleo básico: el acto de fe, la profesión de la fe.

EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, ANUNCIO DE LA PALABRA Y PROPOSICIÓN DE LA FE DE LA IGLESIA. SENTIDO DE SU ESTRUCTURA

Consideramos en primer lugar su estructura. Al abrir el *Catecismo de la Iglesia Católica* ésta es la primera realidad con la que nos encontramos: su estructura cuatripartita, que organiza la distribución de su contenido, así como el orden interno que guardan las partes entre sí. Sabemos que esta estructura «se inspira, así lo afirma el propio Catecismo, en la gran tradición de los catecismos, los cuales articulan la catequesis en torno a cuatro pilares: la profesión de la fe (el Símbolo) los sacramentos de la fe, la vida según la fe (los mandamientos) y la oración del Señor (el Padrenuestro)»⁷. Es decir, el Catecismo presenta el misterio cristiano que es objeto de la fe profesada, es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas y sacramentales; está asimismo presente para iluminar y sostener en sus obras a los hijos de Dios, e inspira nuestra oración, nuestra súplica y alabanza a Dios. En definitiva, el *Catecismo de la Iglesia Católica* anuncia a Jesucristo en su Palabra, en sus sacramentos, en sus mandamientos y en su oración. Y así, en él reconocemos y contemplamos la admirable unidad del misterio de Dios y de su proyecto de salvación, que alcanza su plenitud en Jesucristo, que «es, como afirma el Papa Juan Pablo II en la Constitución *Fidei Depositum*, la fuente verdadera de la fe, el modelo del obrar cristiano y el maestro de nuestra oración»⁸.

Por todo esto hemos de decir que la estructura del *Catecismo de la Iglesia Católica* no es de carácter académico, ni tiene la articulación propia de un libro de teología, sino que se corresponde con la naturaleza de la fe, con la memoria de la fe recibida, que la Iglesia ha de conservar y confiar a la memoria de los fieles⁹.

En efecto, la estructura que presenta el *Catecismo de la Iglesia Católica* se corresponde con la fe apostólica confiada a la Iglesia, los misterios y acontecimientos de la fe que a ella le han sido entregados, en primer lugar, para vivirlos

7 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 13.

8 Juan Pablo II, *Fidei Depositum*, 3.

9 Cf. Ratzinger, J., «Transmisión de la fe y fuentes de la fe», Conferencia en Notre Dame de París.

como elementos indispensables de su vida (como son la profesión de la fe, los sacramentos, el decálogo, la oración); y, después, para darlos a conocer y comunicar en su integridad a los hombres de todos los tiempos.

Así fue desde los inicios de la Iglesia apostólica, en la que, como afirma el libro de los Hechos de los Apóstoles: «Los cristianos perseveraban asiduamente en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2,42). Y así, desde la vivencia comunitaria de estos misterios de la fe, nació una estructura propia para su transmisión, como forma eclesial, pudiéramos decir, de la transmisión y comunicación de la fe a los no creyentes, integrando la unidad y la diversidad de sus dimensiones (una fe profesada, celebrada, vivida y hecha oración) tal como se refleja en los libros neotestamentarios.

Este mismo camino, forma o regla de transmisión es asumido y propuesto por los Padres de la Iglesia para garantizar la identidad del contenido de la fe.

En efecto, los Padres de la Iglesia decidieron articular la amplia y rica doctrina de la Sagrada Escritura en estas cuatro partes, como refiere San Agustín¹⁰. Asimismo, el propio *Catecismo de San Pío V* o *Catecismo Romano*, siguiendo esta orientación de los Padres, asumió la distribución cuatripartita por entender, como se lee en su Prólogo, que «la explicación de estos cuatro apartados, síntesis fundamental de la Revelación (quasi communibus Sacrae Scripturae locis) proporcionará a los fieles el conocimiento de las principales verdades que deben conocer»¹¹. Y concluye el Prólogo afirmando: «Siempre que los párrocos expliquen textos del Evangelio, y en general de la Sagrada Escritura, sepan referirlos a la materia relativa a estas cuatro secciones, como fuentes fundamentales de la doctrina (universam divinae Scripturae vim atque rationem)»¹².

Así pues, la estructura cuatripartita del *Catecismo de la Iglesia Católica* que da a conocer y comunicar la fe de la Iglesia, y que pone de manifiesto la forma eclesial de la transmisión de la fe, tal como la Iglesia ha hecho a lo largo de los siglos, es una síntesis fundamental de la Revelación; es decir, contiene la Palabra de Dios, la verdad y el amor de Dios, los misterios de la fe y los acontecimientos de la salvación, que resplandece en Cristo, mediador y plenitud de la Revelación, como afirma *Dei Verbum*¹³. Dios ha querido revelarse a sí mismo, manifestar el misterio de su voluntad e iniciar el diálogo de la salvación, invitando al hombre a la comunión con El¹⁴.

10 Cf San Agustín, *Sermo ad catecumeno*, PL 40, 636.

11 *Prólogo* del *Catecismo romano*, 12.

12 *Ibidem*, 13.

13 Cf DV, 2

14 Cf DV, 2

Y por su vinculación a esta estructura cuatripartita, permitidme aquí hacer referencia a una dimensión básica que posee el *Catecismo de la Iglesia Católica*: la dimensión veritativa de la fe. En efecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* contiene y da a conocer de modo auténtico, íntegro y completo la verdad de la confesión cristiana, la verdad de la fe. La Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, por la que se promulga el *Catecismo de la Iglesia Católica*, dice que éste «es la exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas e iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición Apostólica y el Magisterio de la Iglesia»¹⁵. Y el Papa Benedicto XVI: «Contiene la formulación esencial y completa del contenido de la fe»¹⁶. En las actuales circunstancias ésta es una realidad a considerar y a atender con máximo interés.

Frente a las incertidumbres que hoy viven no pocos cristianos sobre su condición e identidad, como consecuencia del oscurecimiento de la verdad de la fe; frente a las dudas de no saber qué hay que creer exactamente, a causa de interpretaciones reductivas e inadecuadas, se impone la necesidad de afianzar las certezas básicas de la fe, conocer los acontecimientos y realidades fundamentales de la misma y alcanzar a vivir con gozo la verdad de la fe cristiana.

Frente a la dictadura del relativismo, que afirma que es imposible mantener certeza alguna, y menos aún, respecto a aquello que trasciende el ámbito de la experiencia inmediata; ante una cultura así, que niega la verdad y aún la capacidad de la mente humana para buscarla, y que ha impactado profundamente en muchos de nuestros creyentes, conduciéndoles a poner en cuestión, de hecho, la verdad de la fe y de la vida cristiana, se impone la necesidad de dar a conocer esta verdad en su totalidad e integridad, de comunicar la verdad de Dios y la verdad del hombre. Dejarse guiar por ella constituye la mejor apuesta de presente y de futuro. Si la verdad del hombre, inscrita en su corazón por el Creador y la verdad de Dios, revelada en Jesucristo al hombre se disuelve y se pierde, el hombre se sumerge en la oscuridad y, al final, en la negación de sí mismo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* propone y da a conocer la verdad de Dios, afirma la realidad objetiva de las acciones y acontecimientos de Dios en favor del hombre, y que la Iglesia ha explicitado en su Magisterio a lo largo de la historia. Y asimismo propone y da a conocer la verdad del hombre, de sus anhelos profundos, de sus aspiraciones de plenitud y bienaventuranza inscritos en su corazón.

Pero volvamos a la afirmación esencial hecha más arriba. Decíamos que el *Catecismo de la Iglesia Católica* es una síntesis fundamental de la Revelación, contiene la Palabra de Dios, la verdad y el amor de Dios y los acontecimientos

15 Juan Pablo II, *Fidei Depositum*, 4.

16 Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta Fidei*.

de la salvación en Jesucristo. Pues bien, a la Revelación de Dios le corresponde la respuesta del hombre. Nuestra mente y nuestro corazón son invitados a atender y acoger una Palabra que nos precede. Y así, por su propia naturaleza, queda establecida una relación y unidad profunda entre la proposición de la fe que presenta el *Catecismo de la Iglesia Católica* y el acto de fe con el que se cree. Esta correspondencia entre la estructura del Catecismo y el acto de fe pertenece a la esencia misma del Catecismo. En esta clave del anuncio de la Palabra y de la respuesta de la fe ha de ser entendido el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En este marco en el que la Iglesia «hace resonar» la Palabra de Dios y proclama ante el mundo la profesión de su fe, dando testimonio e invitando a la fe.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, en el que está contenido intensivamente todo el misterio de Dios, representa el desarrollo de una única verdad: Dios mismo, y está al servicio de la fe, del acto de fe; llamando y orientando, pudiéramos decir, al acto de fe, teniendo como núcleo referencial de su estructura el acto de fe.

Este es un dato importante que es oportuno analizar, aunque sea brevemente.

EL SÍMBOLO DE LA FE Y EL ACTO DE FE

Al inicio del *Catecismo de la Iglesia Católica* nos encontramos con esta afirmación básica: «Nuestra exposición de la fe seguirá *el Símbolo de los Apóstoles*, que constituye, por así decirlo, el más antiguo catecismo romano»¹⁷. Los autores del Catecismo descubren así una decisión esencial que tomaron al inicio de sus trabajos y que va a orientar la composición y redacción del Catecismo, al determinar que será el *Símbolo de los Apóstoles* la base y el asiento de la exposición orgánica de la fe. Muestran así, en primer lugar, su vinculación y adhesión al testimonio apostólico que funda la Iglesia, y, en segundo lugar, el deseo de resaltar (tengamos en cuenta su carácter de Símbolo bautismal) la acogida de una fe que nos da la vida que ha nacido del Bautismo.

Con anterioridad a esta afirmación, el Catecismo va a dedicar un amplio espacio (de los números 144 al 197) a contextualizar esta elección fundamental, presentando el sentido y naturaleza de la fe, las características de la misma, así como la profesión de la fe y la función de los símbolos de la fe.

Así pues, teniendo como primer punto de referencia la profesión de la fe de la Iglesia mediante el Símbolo, los autores del Catecismo desean que éste sea una expansión y desarrollo (explanatio) de este núcleo fundamental que

17 CCE, 189.

es el *Símbolo de los Apóstoles*, entendido como acto de fe bautismal. Y así quedará resaltado en el texto: «La primera profesión de fe, dice el Catecismo en el número 189, se hace en el Bautismo. El Símbolo de la fe es, ante todo, el Símbolo bautismal».

Desde los inicios de la Iglesia, la regeneración del hombre por el Bautismo está vinculada a la confesión de la fe. De hecho, la fórmula de la profesión de la fe no es sino expresión de la norma bautismal que encontramos en San Mateo 28, 19: «Id y haced discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». El bautizando es invitado, en un diálogo, a confesar su fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Hay unas preguntas sobre la fe y sus correspondientes respuestas que, en el centro mismo de la celebración bautismal, son una profesión de fe y parte constitutiva esencial del Sacramento¹⁸.

Pero veamos qué relación guardan entre sí el Símbolo y el acto de fe. Digamos, de modo general, que el Símbolo de la fe expresa al exterior el acto de fe de quien lo proclama y que ambos, por su propia naturaleza, constituyen un acto unitario. El acto de fe se dirige, ante todo, a Dios mismo, como respuesta del hombre a su invitación y a su amor. Ahora bien, «el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de gracias que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo»¹⁹. Cuando el hombre alcanza a descubrir y reconocer este don del amor de Dios, un impulso nuevo le lleva a El, como aconteció en el Apóstol Tomás: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20, 28). Es la respuesta del corazón, del interior de nosotros mismos, que se dirige hacia el Señor para afirmar: Creo en ti, me confío a ti, me entrego enteramente a ti. Después vendrá el acto exterior y público de la confesión de la fe, del reconocimiento y proclamación de las verdades y los acontecimientos de nuestra salvación, y del testimonio de la fe.

Por esta confesión de fe el creyente, a quien antes le había sido transmitido y enseñado el Símbolo de la fe por parte de la Iglesia (*traditio symboli*), ahora da razón de él ante la Iglesia, reunida en Asamblea litúrgica (*reddit symbolum*) y proclama su entrega al Señor. En este sentido, puede afirmarse que la profesión pública de la fe ante Dios es, en primer lugar, un acto de acción de gracias y de alabanza a Dios, un acto de culto. En efecto, por la profesión de la fe estamos expresando, ante todo, el honor a Dios al proclamar la verdad y el amor de Dios que se nos ha dado. Estamos, asimismo, manifestando el asentimiento y la adhesión a Dios en la comunión de la Iglesia, ante la que profesamos la fe. Así como dando testimonio ante los hombres de la fe que profesamos que es, por eso, acto de transmisión, expresión viva y esencial de transmisión de la fe.

18 Cf San Agustín, *De Bapt*, 6, 47; PL 43, 214.

19 Benedicto XVI, Carta apostólica *Porta Fidei*, 10.

Pero volvamos al acto de fe como acto interior y anterior del hombre. San Agustín hace notar que, en relación con Dios, hay tres dimensiones que integran el creer del hombre: *credere Deum, credere Deo, credere in Deum*. Henry de Lubac, comentando estas palabras dice: «Son tres actos que van encadenándose el uno con el otro, siguiendo una progresión necesaria. Únicamente el tercero, que supone e integra a los dos anteriores, caracteriza a la verdadera fe. Únicamente él constituye al cristiano»²⁰. En la distinción agustiniana de las dimensiones de la fe, éstas no son excluyentes entre sí. Se trata de distinguir para discernir los rasgos respectivos y, sobre todo, para señalar la necesaria progresión del acto de fe: el camino de la fe.

El acto de fe tiene como fuente y origen el amor de Dios. El es quien da el primer paso, saliendo a nuestro encuentro, para conducirnos a la plena comunión con El. San Pablo proclama así este don de Dios en la carta a los Efesios: «Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo (...) ya que El nos eligió antes de la creación del mundo (...). Nos predestinó a ser sus hijos por Jesucristo (...). Nos dio a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo en la plenitud de los tiempos» (Ef 1, 3-10).

El acto de fe es, pues, fruto de un pensamiento y de un acto de amor precedente, libre y gratuito de Dios en Jesucristo. Y así, cuando en respuesta al amor de Dios, el hombre se confía y entrega a El, se inicia un acontecimiento de encuentro y de diálogo con El, se establece un nuevo vínculo de reciprocidad y de fidelidad «interpersonal», pudiéramos decir. El ser entero del hombre queda así comprometido y orientado desde el fondo de sí mismo. Ha nacido una relación nueva, ahora no en la perspectiva del hombre y una gran idea, o del hombre y un poder supremo, o del hombre y la madre naturaleza, sino una relación de confianza y de amor entre la persona del hombre y Jesucristo, el Hijo de Dios. Con razón diría San Agustín: «Esto quiere decir creer en Cristo: amarle»²¹. En esta perspectiva de amor y fidelidad, de relación y de diálogo, el Papa Benedicto XVI propone considerar el acto de fe: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, Jesucristo, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello una orientación decisiva»²².

En resumen, el acto de fe entraña a la vez «la adhesión personal del hombre a Dios y el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado» (CCE 150). Esta unidad del acto de fe, que integra a la Persona y a la Verdad, a Dios y al

20 Henry de Lubac, *La fe cristiana*, Salamanca, 142.

21 San Agustín, *Enarrationes in Psalmis*, 130, 1; PL 37, 1704.

22 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1.

hombre, se ha de predicar tanto del acto interior de la fe como de su expresión externa en el Símbolo de la fe. Pues bien, pudiéramos decir, que el *Catecismo de la Iglesia Católica* en su estructura y organización interna propone la fe de la Iglesia teniendo presente la forma y unidad interna del acto de fe, y se encamina, como a su meta, al acto de fe. Se asienta sobre la Palabra de Dios desde la que la Iglesia nos descubre, con sus palabras, los acontecimientos de la salvación, y nos llama al acontecimiento de nuestra profesión de fe. El Catecismo tiene por objeto anunciar la fe y llamar a la vida evangélica, transmitir la fe y conducir al encuentro con Cristo. Con razón es considerado «el libro de la fe» para la fe, para ir de la fe de la Iglesia, a través de las palabras que la exponen y explican, al acto de fe de cada creyente. Es el libro que contiene la profesión de la fe que proclama la Iglesia, e invita a todo creyente a renovar viva, profunda y conscientemente la profesión de su fe en toda su riqueza y sentido verdadero. Lo dice de esta manera el propio Catecismo: «Como el día de nuestro bautismo, cuando toda nuestra vida fue confiada a la regla de doctrina (Rom 6, 17) acogemos el Símbolo de esta fe nuestra que da la vida. Recitar con fe el Credo es entrar en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; es entrar también en comunión con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos»²³.

Por eso, cuando la Iglesia pone hoy en nuestras manos el Catecismo nos está invitando a contemplar en él las riquezas que contiene, la fe que da la vida; nos convoca a acercarnos a él con ojos nuevos, los de la fe y por ella entrar en comunión con Dios y con la Iglesia. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos habla de la fe, es decir, de adhesión y asentimiento a Dios, de oración y acción de gracias, de conformar la vida según el Evangelio, de adoración y alabanza a Dios, que nos incorpora a la vida verdadera y nos invita a dar razón de nuestra esperanza. Que todo esto es, unitariamente, la fe, el acto de fe.

Por eso, también aquí refiriéndonos al Catecismo, haríamos bien en acercarnos a él con una mirada nueva y completa; no tan solo como a un tratado sobre la fe, sino advirtiendo y prestando atención a todas las diversas dimensiones que le hacen justicia, conforme a la naturaleza del mismo. Acercarnos de esta manera a él significa disponernos a transitar, en primer lugar, por la *via veritatis*, para descubrir y contemplar la fuerza y la verdad de la fe, la solidez y coherencia interna de la confesión cristiana, que hace a la fe atractiva y razonable a la mente humana; la verdad de la fe que se ofrece al hombre como Sabiduría manifestada plenamente en Jesucristo; la verdad de la fe que es luz que alumbra y fecunda el conocimiento humano, y respuesta a la búsqueda

23 Catecismo de la Iglesia Católica, 197.

y anhelo profundo de verdad que late en el hombre, dando sentido a la vida humana sobre la tierra. Avanzar en este «camino de la verdad» representa, finalmente, llegar a descubrir a través de la verdad de la fe que el Catecismo ofrece, cómo es Dios mismo quien, por su iniciativa, nos guía hacia su intimidad y nos invita a acoger, a comprender y a vivir en su sentido propio la verdad de la Revelación. Como diría San Agustín, no somos nosotros quienes poseemos la Verdad después de haberla buscado, es la Verdad quien nos busca y nos posee.

En segundo lugar, aproximarse al Catecismo con una mirada nueva y más amplia significa adentrarnos con decisión por la *via pulchritudinis*, capaz de abrir el horizonte del pensamiento humano a la meditación y la contemplación de la belleza de Dios, y apreciar el esplendor y la belleza de la fe. Abrirse camino por esta vía, que nos hace perceptible y aún fascinante el mundo del espíritu, de lo inefable e invisible, hasta adentrarnos por voluntad divina en el misterio de Dios, «dándonos a conocer el plan que había proyectado realizar por Cristo» (Ef 1, 3) e impregnándonos por la belleza que en el Hijo de Dios hecho hombre y salvador del mundo nos habla directamente al corazón, nos cautiva y nos atrapa en lo más profundo de nuestro ser. Asimismo, esta vía de acceso y reconocimiento despertará en nosotros la admiración, al contemplar en la santidad de los testigos del Señor la fuerza y el atractivo del Evangelio del Reino, capaz de generar hombres nuevos que, nacidos de la gracia de Dios, renuevan fielmente su entrega a Cristo en la alegría de la fe, ofrecen su respuesta al amor de Dios, entregando su vida como servicio.

Y, finalmente, progresar por la *via amoris*, para allí poder gustar, por una parte, la riqueza de los dones que el amor de Dios nos ha regalado y esperamos poseer en plenitud; y, por otra, aprender a responder con fidelidad, amor y adoración, al amor gratuito de Dios. Y así, aquél deseo íntimo de bien y de felicidad que todo hombre experimenta y que jamás logra saciar plenamente, aquél anhelo profundo desde el que somos impelidos a salir de nosotros mismos hacia el sumo bien deseado, se hace realidad cuando, por la gracia de Dios y la fuerza de su amor, somos conducidos en la fe al encuentro y a la unión con Cristo. En Jesucristo, la manifestación perfecta e insuperable del amor absoluto e irrevocable de Dios al hombre, y el camino abierto que nos permite entrar en su intimidad y comunión, Dios ha pronunciado su Palabra definitiva²⁴: el amor y su designio de salvación. Es la verdad de Dios: su amor gratuito y fiel por el que nos invita a compartir su vida. En Jesucristo, que es «testigo de la verdad», como El mismo afirma ante Pilato (Jn 18,37), se transparenta y se muestra la verdad de Dios: el amor que entrega a su Hijo a la muerte por nuestra salvación.

24 Cf. Const dog *Dei Verbum* 2 y 3.

La conjunción de estas tres dimensiones o vías de aproximación al *Catecismo de la Iglesia Católica* nos permitirá reconocerle y apreciarle en su riqueza y significación. Y en él a la fe de la Iglesia.

DE LA PROFESIÓN DE LA FE A LA TRANSMISIÓN DE LA FE

En el mes de noviembre del año 2011 el Papa Benedicto XVI decía a los Obispos de Benín: «El *Año de la Fe* que he querido promulgar será una buena oportunidad para fomentar en los fieles el descubrimiento y la profundización de su fe en la persona del Salvador de los hombres ... para poner a Cristo en el centro de la vida. Nos debe guiar el rostro crucificado y glorioso de Cristo, para testimoniar a todos su amor por el mundo».

El Papa está invitando incesantemente a la Iglesia a redescubrir y profundizar la fe (el amor) en la persona de Jesucristo, y a ponerle en el centro de todo; y así dar testimonio de El a los hombres de hoy. De la fe, pues, de la profesión de la fe a su transmisión. Esta es la llamada primera y esencial.

Hoy, con especial inquietud, nos preguntamos ¿Cómo transmitir la fe de modo creíble? ¿Cómo abrirse paso en una sociedad tan secularizada y desertizada? ¿Cómo evangelizar? ¿Qué quiere decir ponerse al servicio de la nueva evangelización, secundando la apremiante llamada del Papa?

En una de las biografías de San Francisco de Asís, escrita por San Buenaventura, leemos lo siguiente: «Desde entonces, Francisco, fiel a la inspiración divina, comenzó a plasmar en sí la perfección evangélica y a invitar a los demás a penitencia. Sus palabras no eran vacías, sino, llenas de la fuerza del Espíritu Santo, calaban muy hondo en el corazón, de modo que los oyentes se sentían profundamente impresionados»²⁵.

Tras su decisión de seguir en radicalidad las huellas de Cristo, Francisco comenzó a plasmar en sí la forma evangélica de vida, y, como consecuencia, a ser testigo vivo del Evangelio. Sus palabras nunca serán ya palabras vacías, sino llenas del Espíritu y calarán hondo en el corazón de sus oyentes. Todo había comenzado en el reconocimiento y encuentro con Cristo. Así nació en él, a través de un intenso proceso de conversión y de purificación, un amor entrañable a nuestro Señor, hasta su identificación con El.

Dice su primer biógrafo Tomás de Celano, que estando Francisco en las ruinas de la Iglesia de San Damián, mientras oraba postrado ante la imagen del crucificado, plasmada en aquella tabla bizantina, oyó una voz que le llamaba: «Francisco, anda y repara mi casa que, como ves, está a punto de arruinarse

25 San Buenaventura, *Leyenda mayor*, cap III, 2

toda ella»²⁶. Francisco se dispone a obedecer y concentra todo su esfuerzo en la decisión de reparar materialmente aquella pequeña Iglesia. «Pronto va a descubrir, sin embargo, que aquella voz divina se refería a la reparación de la Iglesia que Cristo adquirió con su sangre»²⁷. Reconstruir la Iglesia, renovar la Iglesia en sus miembros, para que el rostro de Cristo se refleje en el rostro de la Iglesia. He aquí el objetivo de entonces, como también lo es de ahora.

Así nació el nuevo espíritu de la vida y misión de la familia franciscana: seguir a Cristo y configurarse con El, y anunciar el Evangelio con el testimonio de la vida; «no con palabras vacías, sino llenas de la fuerza del Espíritu». Los Santos de todos los tiempos han hecho cercano y posible el camino abierto por el Señor que dice a todos los que somos enviados en misión: «Seréis mis testigos» (Hch 1, 8). Sí, antes de preguntarnos por el cómo desarrollar nuestra misión evangelizadora en el mundo actual, somos llamados a reconstruir y fortalecer nuestra identidad como testigos de la fe, como testigos del Señor que muestran y transparentan ante los hombres el rostro de Cristo.

«El primer mártir de la Iglesia, San Esteban, ha dicho el Papa Benedicto XVI, es un modelo para todos aquellos que quieren ponerse al servicio de la nueva evangelización. El demuestra que la novedad del anuncio no consiste primariamente en el uso de los métodos o técnicas, sino en estar llenos del Espíritu Santo y dejarse guiar por El. La novedad del anuncio está en la profundidad de la inmersión en el misterio de Cristo, de la asimilación de su Palabra y de su presencia en la Eucaristía, de modo que él mismo, Jesús vivo, pueda hablar y obrar en su enviado. En definitiva, el evangelizador se hace capaz de llevar a Cristo a los demás de manera eficaz, cuando vive de Cristo, cuando la novedad del Evangelio se manifiesta en su propia vida»²⁸

La Iglesia es en el mundo y en la historia el Sacramento de Cristo. Sólo a través de ella se alcanza la realidad de la que ella es signo o sacramento, como sólo a través de Cristo se llega a la realidad del misterio de Dios²⁹: «Si me conocierais a mí, dice el Señor, conoceríais también a mi Padre... Felipe, quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 7-9). Jesucristo es el camino para acceder al Padre, la «imagen del Dios invisible» (Col 1,15). Esto vale decirse

26 Tomás de Celano, *Vida Segunda*, cap VI, 10

27 San Buenaventura, *Leyenda mayor*, II, 1

28 Benedicto XVI, *Catequesis día 26 de Diciembre de 2012*.

29 Cristo es, en su humanidad, el Sacramento de Dios, el rostro de Dios. Cf San Agustín, *Epíst 187*, 34: «Non enim est aliud Dei misterium nisi Christus» (PL 38, 845)

también de la Iglesia. Cuando la Iglesia profesa la fe y celebra los sacramentos, cuando muestra la forma de vida evangélica de sus miembros en el seguimiento de Cristo y practica la oración del Señor, entonces da a conocer al mundo a Jesucristo, y su luz resplandece en el rostro de la Iglesia³⁰. Anunciar la fe y ser testigo de ella ante los hombres, llevarles a Dios y comunicarles la gracia de la salvación, conducirles al encuentro con Jesucristo, el único salvador del mundo, es la razón de existir de la Iglesia, su misión propia.

Por eso, por encima de otras urgencias y necesidades, es la hora de la fe, de renovar y revitalizar la fe para reconstruir la Iglesia, como advirtió San Francisco de Asís, y así reflejar el rostro de Cristo ante los hombres. Con razón Henry de Lubac nos legó, elaborada sobre textos de algunos Padres esta reflexión: «Si Jesucristo no constituye su riqueza, la Iglesia es miserable. Si el Espíritu de Jesucristo no florece en ella, la Iglesia es estéril. Su edificio amenaza ruina, si no es Jesucristo su arquitecto. No tiene belleza alguna, si no refleja la belleza sin par del rostro de Jesucristo y si no es el árbol cuya raíz es la pasión de Jesucristo. La ciencia de que se ufana es falsa, y falsa también la sabiduría que le adorna, si ambas no se resumen en Jesucristo. Ella nos retiene en las sombras de la muerte si su luz no es «luz iluminada» que viene enteramente de Jesucristo. Toda su doctrina es una mentira, si no anuncia la Verdad que es Jesucristo. Toda su gloria es vana, si no la funda en la humanidad de Jesucristo. Su mismo nombre nos resulta extraño, si no evoca inmediatamente en nosotros el único Nombre que les ha sido dado a los hombres para que alcancen su salvación. La Iglesia no significa nada, si no es el sacramento, el signo eficaz de Jesucristo»³¹.

CONCLUSIÓN

Nos preguntábamos al comienzo por qué el Papa Benedicto está pidiendo a la Iglesia fijar su atención hoy en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. La respuesta, lo hemos visto, es la fe, la prioridad y necesidad de la profesión de la fe de la Iglesia. Si la fe es el principio de vida que salva al hombre, la fuente de la que brota la renovación de la Iglesia y la condición de su vitalidad, profesar la fe y vivir de la fe será, sin duda y por encima de otras necesidades, el objetivo primero. Es la hora de la fe. La hora de lo primero y esencial. La hora de acudir a los cimientos que sostienen a la Iglesia y a cada uno de sus miembros.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, como hemos visto en su estructura interna, se presenta no como una exposición de lecciones, sino como un iti-

30 Cf Const dogm *Lumen Gentium* 1.

31 Henry de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid, 175 -176 (sobre textos del San Hipólito, Orígenes, San Ambrosio, San Agustín, San Ireneo y San León)

nerario que enseña a acoger la Palabra de Dios, que contiene en sí nuestra bienaventuranza (Cf Lc 11, 28), a reconocer la verdad y el amor de Dios, y a responder a su iniciativa con la fe. Es decir, se muestra como un servicio a la fe, como un camino para avanzar hacia el encuentro y el seguimiento de Jesucristo.

Y a su vez, si la confesión de la fe, que proclama la Iglesia y cada uno de sus miembros, es la clave de la presentación de la fe que ofrece el Catecismo, la enseñanza de la fe será no una mera comunicación de principios, de ideas o valores, sino un testimonio vivo que invita a iniciar un itinerario interior hacia la fe en Dios, hacia el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que orienta y guía la vida. Todo lo demás en el cristianismo se deduce de esta realidad primera. En la misión de anunciar y transmitir la fe, no se trata de renovar nuestras acciones y discursos, sino de afirmar la fe, de ser testigos vivos de la fe, fuente y aliento de nuestros trabajos y de la vida entera.

El Papa, en la Misa del inicio del *Año de la Fe*, se refería a cómo está aumentando, entre nosotros, la realidad de la «desertización espiritual», es decir, la situación de un mundo sin Dios, en el que se ha difundido el vacío. «En el desierto, afirmaba, se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida, y de esta forma mantengan viva la esperanza. La fe vivida, añadía, abre el corazón a la gracia de Dios que libera del pesimismo. Hoy más que nunca, evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva transformada por Dios, y así indicar el camino». Y concluía: «Así podemos representar este *Año de la Fe*: como una peregrinación en los desiertos del mundo contemporáneo, llevando consigo solamente lo que es esencial: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas, como dice el Señor a los Apóstoles al enviarlos a la misión (Cf Lc 9,3) sino el Evangelio y la fe de la Iglesia, de los que el *Concilio Ecuménico Vaticano II* es una luminosa expresión, como lo es también el *Catecismo de la Iglesia Católica* publicado hace 20 años³².

32 Benedicto XVI, *Homilía* de la Misa de apertura del Año de la fe, 11 de Octubre de 2012.